

MIEDO

CARE SANTOS



edebé

periscopio

MIEDO

CARE SANTOS

MIEDO



edebé

© Care Santos, 2019

Representada por la Agencia Literaria Sandra Bruna

© Ed. Cast: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock

Fotografía de la autora: Joan Cortadellas Huguet

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4113-2

Depósito legal: B. 720-2019

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

—Y usted, ¿por qué no pide sus tres deseos? —preguntó
Herbert White.

—Ya los he pedido —su rostro palideció.

—¿Y se cumplieron?

—Se cumplieron.

—¿Nadie más pidió nada?

—Sí, un hombre. No sé cuáles fueron los dos primeros. Su
tercer deseo fue la muerte.

La pata de mono,
W. W. Jacobs

Según las estadísticas, cada cuarenta segundos se suicida alguien en alguna parte del mundo. Ochocientas mil personas al año, una tercera parte de las cuales tienen entre 15 y 29 años. El suicidio causa muchas más muertes que las guerras o los accidentes de tráfico. Aunque nadie lo dice. Nadie lo sabe.

Hay personas que no quieren hablar de ciertas cosas. El suicidio, por ejemplo. Prefieren fingir que no existe. Piensan que así podrán evitarlo, burlarlo, apartarlo de sus vidas. Se equivocan. La ignorancia de las cosas no nos libra de ellas. Solo nos lleva a cometer errores. El suicidio es, entre otras cosas, un gran error.

A veces, las personas que quieren suicidarse lo planean durante mucho tiempo. Otras, lo deciden en cuestión de segundos. A veces avisan. Otras, simplemente, lo hacen.

Estas son algunas de las causas más frecuentes: ruptura sentimental, problemas familiares, malos tratos, enfermedad, sensación de soledad, depresión... No es nada raro tener pensamientos suicidas: casi todo el mundo los ha tenido alguna vez. Aunque muy pocos

lo han intentado. De estos, solo un diez por ciento lo consiguió. Entre los que fracasan, un uno por ciento volverá a intentarlo antes de un año.

Algunos suicidas burlan a las estadísticas. Su causa no es una de las más típicas, y ellos tampoco lo son. Tienen una vida normal, incluso fácil. Nunca antes se les había pasado por la cabeza la idea de quitarse la vida. Pero de pronto ocurre algo que lo cambia todo.

El miedo.

Miedo a vivir. Miedo a no soportar la vida. Miedo a tener que hacerlo. Miedo a no saber cómo. Miedo al miedo. Les da más miedo vivir que desaparecer para siempre.

Esta historia trata de una de esas personas.

Esta historia trata de alguien que no encaja en ninguna parte.

Contratiempo

Se acercaba Navidad y en las calles ya llevaban días brillando los adornos luminosos. Como cada tarde desde hacía cuatro meses, a las siete menos cuarto salí del metro en la plaza Kennedy y caminé sin prisas hacia la avenida de la zona alta donde vivía Hugo. Su edificio, de preciosa fachada modernista, estaba ahora cubierto de andamios: lo estaban restaurando.

Antes de entrar, le mandé un mensaje a Xenia: «¿Cómo va la tarde?». Me contestó enseñada: «Aburrida de estudiar bichos microscópicos».

A las siete menos cinco saludé al portero del bloque, quien, como todos los días, me abrió la puerta del ascensor y me preguntó si iba todo bien. Le dije que sí, como siempre. Ahora ya no me extrañaba su amabilidad, ni su uniforme, ni aquella perpetua sonrisa que

tanto me habían asombrado la primera vez que le vi.

Dos minutos antes de las siete llamé al timbre del piso de Hugo. Al otro lado oí los pasos de Armando, el mayordomo. Se abrió la puerta y ahí estaba: con su uniforme, sus guantes blancos y su aire serio, como cada tarde.

—Buenas tardes, Éric. Pase —dijo, igual que siempre.

Después de varios meses aún no me había acostumbrado a que me tratara de usted. Se me hacía rarísimo. Una vez se lo dije. Le pedí por favor que me tuteara.

—Prefiero no hacer excepciones —fue su respuesta.

Mientras esperaba, como de costumbre, a que Jaime cerrara la puerta, pensé en lo raro que era haberse acostumbrado a todo aquello. La primera vez que entré en aquella casa no podía dejar de mirarlo todo como un mochuelo: los jarrones, los marcos dorados, las alfombras mullidas, los guantes blancos de Armando, su educación pasada de moda... Me pareció estar entrando en un museo o en una película. Un lugar donde la gente tiene

mayordomo. Nada que ver con el barrio donde nací.

Eché a andar por el pasillo, hacia la habitación de Hugo. Últimamente, Hugo prefería recibirme en su cuarto. Decía que era como su castillo, su reducto, el único lugar donde se sentía bien. Yo creo que también era el único lugar donde lograba escapar un poco de la opresiva presencia de sus padres y donde lo tenía todo bajo control. Pero aquel día era diferente. Aquel día Armando tenía algo que decirme.

—Hoy pasaremos a la biblioteca —dijo, adelantándose por el pasillo y poniendo rumbo a las dos grandes puertas oscuras por las que se accedía a mi habitación favorita de la casa.

La biblioteca era una estancia bastante grande, sin luz natural, cuyas cuatro paredes estaban completamente forradas de libros. Debía de haber miles. También dos sofás de piel oscura, una mesita, una alfombra con dibujos geométricos y una lámpara. Fue allí donde mantuve mi primera entrevista con Adela y Jaime, los padres de Hugo, antes de que me dieran el trabajo.

Armando me invitó a pasar. Nada me parecía raro aún, aunque lo era. Después de tantas semanas acudiendo a aquella casa cada tarde, sin faltar ni una sola, ya sabía que a veces los padres de Hugo tenían ocurrencias extrañas. Pensé que se trataba de una de sus entrevistas por sorpresa. Tal vez les interesaba saber si encontraba a su hijo más animado, más optimista. O tal vez tenían algo que decirme. En esas entrevistas solían mostrarse muy agradecidos conmigo, por «hacer el esfuerzo de ser amigo de Hugo», decían. Yo siempre respondí lo mismo: no era ningún esfuerzo, por mucho que su hijo a veces tuviera un carácter insoportable. «Lo único que Hugo necesita es tiempo», repetí varias veces. Entonces sonreían, amables, tristes, y me preguntaban si creía que con el paso de los años Hugo podría llegar a ser la sombra de lo que era antes de... Aquí se interrumpían, se miraban con tristeza, callaban. En aquella casa los silencios eran una compañía habitual.

Hugo es ciego. Cuando empecé a leer para él, tenía diecisiete años y era la persona más infeliz que he conocido. También la más de-

sagradable. Su vida se dividía en días bordes y días silenciosos. Los días bordes estaba cabreado con todo: con las circunstancias, con la gente, consigo mismo, con sus padres... Se ponía imposible, fingía no darse cuenta de lo mucho que sus palabras ofendían a los demás. Los días silenciosos no articulaba sonido. Contestaba a todo encogiéndose de hombros, no demostraba interés por nada en absoluto, más que por encerrarse en sí mismo y maldecir a toda la humanidad.

Yo le comprendía.

Un par de veces les dije a Adela y Jaime lo que pensaba: que Hugo, como todo el mundo, necesitaba libertad. A los diecisiete años no puedes depender de tus padres para todo o te vuelves loco. Le hacía falta ganar confianza, valerse por sí mismo, encontrar otras cosas que hacer, lanzarse a la aventura, conocer a otras personas, tal vez practicar algún deporte. Me había informado de algunas cosas y estaba dispuesto a contárselas, pero nunca me dieron la oportunidad. Se limitaban a sonreír con aquella tristeza infinita y a decir: «Gracias por tu interés, Éric, pero no puede ser. Hugo

nunca más podrá volver a tener una vida normal y todos debemos asumirlo».

Nadie puede vivir privado por completo de libertad. Menos aún después de haber conocido la libertad absoluta.

Pero volvamos a la tarde cercana a Navidad en que Armando, el mayordomo, me hizo pasar a la biblioteca y cerró la puerta. Me sorprendió encontrar la estancia desierta y a oscuras. Él encendió una luz y se quedó de pie, muy rígido, en mitad del dibujo geométrico de la alfombra.

—Ha habido un contratiempo —dijo, formal como siempre, y esperó mi reacción. Como no llegó, porque era imposible imaginar nada con tan poca información, prosiguió—: Hoy no es necesario que se quede, Éric. Hugo no está en casa. Hoy no habrá sesión de lectura.

Por supuesto, me extrañó. No fallar ni un solo día fue una de las condiciones que me impusieron los padres de Hugo al contratarme. Antes de que yo pudiera contestar nada, o mostrar mi asombro, el mayordomo prosiguió:

—Por supuesto, se le pagará el día de hoy.

No era el dinero lo que me preocupaba.

—¿Qué ha pasado? —le interrumpí.

Frunció los labios. Estaba claro que no le gustaba la idea de darme explicaciones. Le miré fijamente. Él apartó la mirada y dijo:

—Ha ocurrido un accidente.

—¿Un accidente? ¿A Hugo? —asintió lentamente con la cabeza—. ¿De qué tipo?

—No puedo facilitarle esa información.

—¿Dónde está?

—En el hospital.

—¿En cuál? ¿Puedo ir a verle?

—No dispongo de esa información. Además, los señores no creen oportuno que reciba visitas, de momento.

—¿Y Hugo qué opina?

—Me temo que lo que opine Hugo no es relevante, en este caso.

«Claro, como de costumbre», pensé, sintiendo una tristeza y una rabia enormes. Recordé la tarde anterior. Le leí a Hugo ocho capítulos, y los comentamos. Parecía tener más ganas de hablar que de costumbre. Cuando me marché, nos despedimos «hasta mañana». Él me estre-

chó la mano. Nunca hasta entonces lo había hecho. Me pareció una buena señal, un pequeño avance. Y justo unas horas después había ocurrido algo que parecía grave. A veces la vida tiene un sentido del humor muy desconcertante.

—Está bien —me resigné—. Volveré mañana.

—Mañana tampoco habrá sesión de lectura —dijo el mayordomo, entregándome el sobre con mi paga semanal, idéntico al de todos los viernes—. Los señores me han pedido que le dé esto. Y que le comunique que, por el momento, no es necesario que venga.

Creo que fue en ese momento cuando me di cuenta de la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

—¿Hasta cuándo? —pregunté.

—Lo mejor será que hable con el señor Jaime o con la señora Adela —prosiguió—. Ellos le llamarán, cuando lo crean oportuno. Estoy seguro de que le darán instrucciones en ese sentido. Por supuesto, me han pedido que le diga que tendrá su retribución disponible todas las semanas. Solo tiene que pasar por aquí los viernes y yo mismo se lo...

Armando hablaba con un tono neutro, profesional, carente de toda emoción. Me pregunté cómo lo conseguía.

—¿No puede decirme a qué hospital lo han llevado? —le interrumpí.

—Aunque lo supiera, no creo que pudiera decírselo.

Salimos de la biblioteca en silencio. Él se entretuvo en apagar la luz y cerrar la puerta, mientras yo esperaba, perdido en mis propios pensamientos. Me maravillaba su aplomo, su serenidad. A veces me preguntaba qué clase de sentimientos tenía aquel hombre, y cuándo, con quién, en qué circunstancias los mostraba.

Recorrimos el pasillo hasta el recibidor. Me despidió con las mismas palabras de cada día, aunque sonaron mucho más inciertas:

—Hasta la próxima, Éric.

No esperé ni a entrar en el ascensor para llamar a Hugo. Estaba muy preocupado.

Una voz metálica me informó de que su móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Es decir, fuera del mundo.

Monstruo

A veces lo que ocurre ilumina los recuerdos y otorga un sentido nuevo al pasado.

De pronto recordé algo.

La tarde anterior al «contratiempo» a que se había referido el mayordomo, Hugo me interrumpió mientras leía.

—¿No te aburres? —preguntó.

—¿De qué? ¿De leer?

—No. Del monstruo de la casa.

Leíamos *Frankenstein*. Estábamos acabando el capítulo en que el monstruo termina de contar su historia. Ha jurado varias veces vengarse de toda la humanidad. Se siente solo y horrible. No hay esperanza para él. A Hugo y a mí nos caía bien.

—¿Se supone que el monstruo de la casa eres tú? —pregunté.

Hugo sonrió a medias.

—¿No te gustaría buscarte otro trabajo? ¿Un trabajo normal? —preguntó.

—Ya tengo uno, gracias.

—Tienes un trabajo de mierda con un ciego de mierda.

—¿Sabes de lo único que me aburro? De tu mal humor. Y de que no hagas nada por cambiarlo.

—Igual pronto hago algo.

—¿Me lo cuentas?

—Te asustarías.

—¿En serio? Soy difícil de asustar.

—Igualmente, prefiero sorprenderte.

—Vale. Si necesitas ayuda...

—Gracias, puedo solo.

Me dejó intrigado, pero supongo que no le tomé muy en serio.

Tal vez me estaba avisando de algo.

Tal vez fui más ciego que él.

Llamadas

Decidí volver andando a casa. No está nada cerca, pero caminar me ayuda a ordenar las ideas. También aproveché para hacer algunas llamadas. Volví a llamar a Hugo, y de nuevo la voz metalizada me informó de que estaba lejos, en algún lugar que yo no podía imaginar. Ojalá hubiera podido hacer algo. Hablar con él, no sé, o con Jaime y Adela (no tenía sus números). Me habría gustado no estar al margen de todo aquello, fuera lo que fuera.

Tenía ganas de contárselo a Xenia, pero no podía. Cuando unos pocos meses antes comenzamos a salir en serio, su madre me pidió que en épocas de exámenes dejáramos de vernos. También que no la distrajera con mensajes ni llamadas. «Si la quieres, déjala estudiar», me dijo; «esta carrera es muy importante para ella». La carrera era Medicina, con la que Xenia había soñado desde niña.

Los primeros semestrales eran una prueba de fuego para ella. Le daba mucho miedo no ser capaz de aprobarlos y tener que abandonar. Combatía los nervios estudiando a todas horas. Los dos sabíamos que el esfuerzo merecería la pena.

Las cosas habían cambiado mucho desde que nos conocimos, en la sala de visitas del centro de menores. Cuando tu vida cambia, tienes que saber cambiar con ella.

Hablando de cambios. Uno de los más grandes de mi vida era tener un lugar propio donde vivir. El día que Alberto, mi abogado, me acompañó a firmar el contrato, no me lo podía creer: un piso en el barrio de Sants, cerca de la estación, nada del otro mundo, pero ¡mío! Eso lo convertía en un lugar maravilloso. Lo compré tras vender el piso de la calle del Profeta, el que Ben quería que fuera para mí, pero donde nunca llegué a vivir.

Hubo varias razones por las que decidí venderlo, y es posible que todas parezcan increíbles, pero cuando te has pasado la infancia rodeado de gente sin escrúpulos, puede ocurrirte cualquier cosa. Por ejemplo, que alguien

se te adelante, ocupe tu casa, la utilice como piso franco para vender droga y termine muriendo desangrado en la bañera, como un cerdo, por gentileza del clan de los Medina. En mi barrio, no puedes tocar droga sin cabrear a algún Medina. Y exactamente eso le ocurrió a Kevin, que además de gordo —todos le conocíamos como Bola de Grasa— era un imbécil y un traidor. Si Ben lo hubiera sospechado, las cosas habrían sido muy diferentes para todos.

Vendí mi piso porque no quería acordarme de Kevin cada vez que necesitara ducharme. Con ayuda de Alberto fue más fácil de lo que creía. Preferí no gastarme todo el dinero; por eso busqué un sitio pequeño, sencillo, en un barrio normal. Un piso de una sola habitación, con un salón diminuto que daba al patio de un vecino y una cocina que se caía de vieja. Necesitaba una mano de pintura y varias reparaciones, pero nada de eso me importó. He vivido en sitios mucho peores (incluida la prisión de menores donde pasé cuatro años de mi vida) y he aprendido a ser feliz con lo estrictamente necesario. Con menos, incluso. En realidad, las personas necesitamos muy pocas cosas.

El problema es que siempre queremos lo que no necesitamos.

—¿Has pensado ya qué es lo primero que vas a hacer? ¿Vas a dar una fiesta de inauguración o algo? —me preguntó Alberto en el despacho del notario donde terminaban de entregarme las llaves de mi piso nuevo.

Sonreí como si lo estuviera pensando.

En realidad, cuando un rato después llegué a casa, cerré la puerta, caminé despacio por el pasillo hasta el salón, me senté en el suelo junto a la ventana y me eché a llorar.

Escribiendo...

«¿No te olvidarás de mí si no nos vemos y apenas hablamos?», le pregunté a Xenia en un mensaje.

Contestó rápido: «No, porque eres mi organismo pluricelular favorito».

«En serio».

«Solo el amor pequeño muere con la distancia. Yo no te olvidaría ni que pasara cien años sin verte».

Añadió el emoticono de un corazón rosado.

«Yo a ti tampoco».

«Lo sé».

Y como para subrayar sus palabras, añadió más corazones. Ocho, en fila, de todos los colores.

Silla

Los padres de Hugo me pusieron solo dos condiciones cuando me dieron el trabajo: que no faltara ni un solo día y que, pasara lo que pasara, no lo dejara antes de un año. No me dijeron nada de pensar en lo mejor para Hugo, o de tratar de ayudarle. Eso fue cosa mía. Aunque no tuvo mucho éxito.

Hugo se movía por su casa en una silla de ruedas. Ni siquiera la accionaba él, sino que normalmente era Armando quien la empujaba. Lo llevaba a todas partes, como si fuera un bebé. Si cuando estábamos leyendo sentía ganas de ir al baño, pulsaba un timbre que había sobre su escritorio. Al instante aparecía Armando y le llevaba en la silla hasta el baño más grande de la casa, que sus padres habían reformado para él. Le dejaba dentro y cerraba la puerta. Hugo se levantaba entonces de la silla, hacía sus necesidades y volvía a sentarse.

Llamaba de nuevo a Armando y este le devolvía a su habitación, donde yo le esperaba para seguir leyendo.

Un día le pregunté por qué no iba al baño solo.

—¿Qué?

—¿Por qué no caminas por el pasillo? Seguro que conoces la ruta de memoria. Y tus piernas funcionan perfectamente.

—A mis padres les daría un ataque —contestó—. No lo soportan.

—¿Qué no soportan? ¿Tener un hijo ciego?

—No. Que me comporte como un ciego.

Esperé a la próxima ocasión que necesitó ir al baño y detuve su mano antes de que apretara el timbre.

—Yo te acompañaré —le dije—. Te agarras a mí y te guío hasta el baño.

—Ya —sonrió con picardía—, ¿y luego haces puntería por mí?

Se levantó. Era un poco más alto que yo y de complexión bastante más fuerte. Tenía la musculatura de los brazos y las piernas muy desarrollada, como la de alguien que ha practicado mucho deporte. Fuimos así hasta

el cuarto de baño. Le esperé en la puerta. Él se tomó su tiempo. No había terminado aún, cuando apareció Adela.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Estoy esperando a Hugo. Ha venido caminando hasta aquí.

—¿Caminando? —se extrañó tanto como si le hubiera dicho que había ido deslizándose por el techo—, ¿por qué no ha llamado a Armando?

—Queríamos probar si podía solo —le dije, muy satisfecho— y lo ha hecho muy bien.

—Dile que no se mueva de ahí —dijo, en tono de emergencia—, enseguida le pido a Armando que traiga la silla —y se volvió hacia mí, enfadada, para añadir—: Y, por favor, Éric, no hagas más inventos de este tipo. Límitate a hacer tu trabajo, que es leer. Para eso te pagamos.